

MATTELART Armand (2009): *Un mundo vigilado*, Barcelona: Paidós.

Por FRANCISCO SIERRA

1973. Podría ser otro 11 de Septiembre cualquiera. Estamos en un país en Estado de Sitio. Un guerrillero tupamaro interroga a Philip M. Santore, representante de la Agencia de Desarrollo Internacional de EE.UU., secuestrado por la guerrilla: “¿ Por qué esa predilección por las explosiones ?”. “Son las armas de los terroristas, hay que aprender a conocerlas”, responde. “Ustedes —impreca el guerrillero— no enseñan a defenderse de las bombas, sino a utilizarlas. Son ustedes los que necesitan a los terroristas. ¿Por qué?”... La pregunta queda en suspenso. Y nos apunta una reflexión, una idea fundamental que hoy de nuevo **el libro de Armand Mattelart desvela recordándonos el razonamiento** de la película de Costa-Gavras. Y que habla de la dificultad lógica que nos impide observar, en nuestra propia naturaleza, las raíces del mal que amparan hoy la violencia indiscriminada a lo largo y ancho del planeta, y que, por la misma razón, nos impide reconocer la lógica constituyente del poder y el terror a ella asociados en el sistema internacional de información, limitando la capacidad de reconocimiento de las similitudes y perfiles de la barbarie en el corazón mismo del sistema democrático occidental, en el núcleo mismo de la democracia americana, hoy convertida en un sistema de propaganda y terror selectivo, inspirado en el modelo de control social autoritario que tradicionalmente ha sido asociado al fascismo. Y que, en apenas dos décadas, se ha generalizado en el gobierno imperial del mundo extendiendo los sistemas de videovigilancia global, a lo ancho y desde dentro del espacio social.

El empeño por gestionar la opinión pública no es sin embargo reciente. Ya el padre de los estudios de opinión pública en Estados Unidos, Walter Lippmann, calificaba como “lamentable proceso de democratización de la guerra y de la paz” la participación ciudadana, a través de la prensa y el debate público, en los asuntos de interés general que conciernen a la organización del Estado y su política exterior, por lo que, naturalmente, había que procurar fabricar el consenso, impedir la mediatización pública por el vulgo en los asuntos estratégicos que deben definir las élites. La llamada guerra contra el terrorismo se basa en este principio y proyecta, en el mismo sentido, un modelo de mediación informativa opaco y concentrado que ha permitido desplegar en las intervenciones contra los llamados “enemigos de la democracia y la paz universales” diversas estrategias de terror planificado. En anteriores trabajos, el profesor Armand Mattelart ha venido desplegando una crítica, fina e inteligente genealogía del poder de informar, de la comunicación moderna hasta llegar a la que conocemos como Sociedad de la Información. Tanto en *La invención de la comunicación* como en *La comunicación-mundo* o, más recientemente, en *Historia de la Sociedad de la Información*, el autor ha venido reconstruyendo los dispositivos de poder y normalización de la comunicación como dominio.

Si alguna de las conclusiones más evidentes de sus estudios sobre las formas de hegemonía y control de la comunicación mundial cabe destacar es precisamente la imperiosa ne-

cesidad del Imperio de imponer y propiciar la devastadora lógica de dominio, o seguridad total, colonizando la esfera pública y extendiendo la política de la información de las “bellas mentiras” como relato único y verdadero de los acontecimientos históricos. Y ello incluso a condición de planificar y producir masivamente programas de terror mediático y militar para cubrir los objetivos imperiales, anulando todo resquicio de crítica y pluralismo informativo en la comprensión de los problemas fundamentales de nuestra sociedad. De aquí la necesidad de una mirada sediciosa sobre la política informativa que guía y proyecta los intereses creados del Imperio. Sólo si subvertimos nuestra posición de observadores y hacemos un sereno y agudo análisis sobre las formas de producción del consenso en las democracias occidentales, tal y como lo hace en su libro Armand Mattelart, podremos entender cómo en la historia moderna de la comunicación existe una delgada línea de continuidad, un hilo rojo que vincula las formas de gestión de la opinión pública del modelo angloamericano con el sistema de propaganda de Goebbels, de acuerdo a una lógica instrumental que liga el régimen fascista con la voluntad de poder del gobierno imperial, a Dovifat y la dirección de la opinión pública con Lippmann y la producción del consenso, y la política de terrorismo y delaciones nazi con la red de inteligencia y videovigilancia global que extiende el complejo industrial-militar del Pentágono.

De hecho, una de las primeras lecciones de los acontecimientos posguerra fría es que la consecuencia del proyecto totalitario de control de la comunicación ha sido el sistemático ocultamiento del control estricto por el Imperio del espacio aéreo, las aguas costeras, las rutas y redes de comunicaciones y transportes de regiones estratégicas como América Latina. Merced a este silenciamiento de la prensa internacional, proyectos como “Iniciativa Andina” o “Nuevos Horizontes” vienen ampliando la guerra de baja intensidad y contrainsurgente a lo largo y ancho de Sudamérica, concentrando en Venezuela, Ecuador, Perú y Colombia las inversiones millonarias en armamento, efectivos militares y programas de guerra psicológica. En muchos casos, la ayuda de EE.UU. a estos países es presentada como asistencia humanitaria o entrenamiento militar contra la droga. Y esta es quizás la nota original que diferencia las actuales formas de intervención de las operaciones de contrainsurgencia de gobiernos como el de Kennedy: antes el tipo de justificación ideológica de la intervención era la lucha contra el comunismo y hoy la defensa de la legalidad y la lucha contra el crimen.

Tras la lectura atenta de los once capítulos y los tres grandes apartados del libro, el campo académico de la comunicación debería replantearse en consecuencia qué función desempeña en este escenario de libertad vigilada. Cómo está teniendo lugar la transferencia tecnológica y de datos, qué consecuencias tiene los conflictos latentes entre la UE y EE.UU. por el dominio de los flujos de información y el gobierno de Internet, o en qué sentido podemos hablar de un modelo europeo de Sociedad de la Información si los principales actores transnacionales de la industria telemática están participados por los intereses estratégicos de la industria estadounidense y el complejo militar del Pentágono, lo que contradice el discurso y visiones optimistas sobre la “esfera pública comunitaria” de la cumbre de Lisboa. Antes bien, - según argumenta el autor - las redes telemáticas y la comunicación están subvirtiendo la democracia, siempre lo han hecho: Las redes electrónicas y los nuevos sistemas de comunicación son manifiestamente incompatibles con el diálogo político; la fragmentación y dispersión del espacio público es hoy la norma; el control de las redes a través de programas como Echelon amplía los sistemas de vigilancia y dominio del espacio privado de la comunicación; mientras que la instrumentación mercadológica de la democracia digital en los procesos de elección vacía de contenido público la participación ciudadana.

Tras la lectura de este magnífico y rico, por sus referencias trabajo, una conclusión parece clara: Hoy por hoy, el desenlace de operaciones encubiertas como la campaña mediática contra la República Bolivariana en Venezuela, las estrategias de desinformación administrada desde las antiguas metrópolis tienen, a juzgar por la historia que reconstruye el autor, un resultado imprevisible, y puede llevar a producir, de continuar esta escalada de violencia simbólica, la destrucción de toda forma posible de sociedad.. El problema de la espiral del disimulo y del silenciamiento de guerras sucias como ésta o antaño la de Chile es que pueden terminar generando, con toda probabilidad, mayores turbulencias y efectos perturbadores, desórdenes y guerras múltiples, en la creciente escalada de explotación y violencia indiscriminada del Imperio contra las víctimas civiles de esta terrorífica ingeniería militar inspirada en la teoría matemática de la comunicación. De ahí que convengamos, en defensa de la comunicación y la democracia, la necesidad de reconstruir informativamente la memoria negada, el recuerdo borrado y silente del terror ejercido por el poder imperial en forma de pedagogía de las mentiras.

El último libro de Armand Mattelart constituye, en esta línea, un magnífico ejemplo de pensamiento y conocimiento comunicológico al servicio de la democracia. El saber para el poder de todos, en memoria de las víctimas de la violencia y la injusticia social. Una clara muestra, en fin, de ética de la comunicación al procurar la paz y la palabra, un poco de luz para la teoría y la praxis de la comunicación liberadora.

